





AÑO DEL BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE MARIANA GRAJALES




NOTICIAS

SECCIONES


Noticias

-  **Río de Janeiro veta a menores pobres y negros en sus playas más famosas**
-  **Ser negro en Estados Unidos**

Este mes

-  **Perspectivas. Policarpo Pineda Rustán: a quien el valor le temía**
-  **El viejo Amores, un mambí sin medallas**
-  **Facundo Rivero o la carretera del Sans Souci**

De la africanía en Cuba

-  **El Ooni de Ife OddunOgbeYono**

Río de Janeiro veta a menores pobres y negros en sus playas más famosas

*Marcelo Carnaval
Agencia O Globo*

El pasado fin de semana la policía militar de Río de Janeiro impidió que 160 jóvenes de los suburbios de la zona norte de la ciudad llegasen a las famosas playas de Ipanema y Copacabana. Los jóvenes, menores negros y pobres, viajaban con lo puesto en varios autobuses de línea hasta la privilegiada zona sur carioca, pero acabaron en el suelo de un furgón policial sin haber cometido ningún delito.

La acción policial pretendía contener una nueva ola de robos en grupo, una práctica que se repite periódicamente en las playas de Río desde comienzos de la década de los 90, pero la estrategia ha desatado otro escándalo frecuente: el racismo institucional de las policías brasileñas.

El juez titular del Tribunal de Menores, Pedro Henrique Alves, y la Defensoría Pública de Río, el organismo que agrupa a los abogados de oficio, consideró "ilegal" la detención. "La policía solo puede detener a un adolescente si lo encuentra cometiendo un delito o si tiene una orden judicial fundamentada", afirma la defensora pública Eufrasia Souza das Virgens, que ha abierto un proceso contra el Estado por daños morales.

Mientras una parte de la sociedad se llevaba las manos a la cabeza, el gobernador de Río, Fernando Pezão, defendía así a los agentes: "La inteligencia de la policía ha mapeado ese movimiento de menores desde su embarque en los autobuses. ¿Cuántos asaltos han practicado

esos menores? No digo que sean todos los que estaban ahí [en los autobuses], pero son muchos de ellos, que ya habían sido detenidos más de cinco, ocho, diez o quince veces”.

Ser negro en Estados Unidos.

Por Ilka Oliva Corado*

Cuando fue la inauguración de los Juegos Olímpicos de Atenas 2004, yo llevaba viviendo en Estados Unidos apenas unos meses, la transmisión la vimos en inglés, y no entendía un carajo, pero la imagen de la mujer vestida de blanco que fue la anfitriona me hizo ponerme de pie y aplaudirla y vitorearla por todas las mujeres que el mundo de los deportes ha discriminado a lo largo de la historia.

Lloré emocionada, recordaba la historia de los Juegos Olímpicos que había estudiado cuando cursaba el magisterio de Educación Física. Esa mujer vestida de blanco, siendo la anfitriona era un mensaje al mundo acerca de la discriminación de género. Era tan hermosa físicamente que robaba el aliento, estoy segura de que millones se fijaron en su cuerpo y no asociaron el mensaje que aquella Venus le gritaba al mundo con su sola presencia. Lo personal es político, el deporte también debe serlo.

Y un ejemplo muy claro es la hazaña de tres hombres que le dio la vuelta al mundo, una sola fotografía bastó para que se inmortalizaron tres atletas (dos estadounidenses negros y un australiano blanco) en los Juegos Olímpicos de México 1968. Para esos tiempos yo no había nacido, pero la historia es atemporal, no es moda, está ahí imperecedera, como ese libro que siempre espera ser descubierto, leído, compartido. Hay que compartir esa parte de la historia que nadie quiere ver, que la mediatización mundial se empeña en mantener oculta. Hay que escarbar, hay que rasguñar, hay que insistir hasta darle luz a aquello que es importante por su carácter transformador.

¿Qué hay detrás de esa fotografía? ¿Qué sucedió con esos tres hombres después de bajar del podio? Se cumplen 47 años de aquella proeza. En Página 12, Argentina. En el artículo "El tercero de la foto" el columnista lo detalla punto por punto. Surge la pregunta, ¿qué ha cambiado en el país después de la muerte de tantos mártires? Poco o nada. Lo vemos muy bien cuando la policía estadounidense dispara a quemarropa contra los afros. Cuando les levantan cargos inexistentes cuando realizan las limpiezas sociales, con tal de ver pudriéndose en una cárcel a la maravillosa juventud negra.

Lo vemos cuando les niegan las becas para ingresar a un universidad, por el único motivo de su color de piel. Lo vemos cuando les niegan un ascenso porque ningún blanco puede con la sola idea de tener un jefe negro, porque el negro siempre tiene que decirle patrón al caucásico. Lo vemos cuando estereotipan por la complexión física, cuando el color está relacionado con la explotación sexual. Cuando dicen que los negros somos solo músculo y no tenemos seso. Eso cuando se refieren a los brillantes deportistas de élite. Jamás lo dirán de un científico, de un narrador, de un poeta, de un doctor.

No, no ha sido ganga para la comunidad afro descendiente tener un presidente negro. Obama se va debiéndole mucho a la comunidad afro. A esta comunidad se le sigue estereotipando, negándosele las oportunidades de desarrollo, sino los tratan de drogados, los tratan de delincuentes y a las mujeres de putas. La película The Help sigue siendo tan real en el día a día. También "12 años de esclavitud", aunque con diferente escenario. No hay que tener un elevado coeficiente intelectual para ver la ironía de la celebración del Mes de la Historia Afroamericana, un burla total a la comunidad negra.

Imposible que el sistema, que la sociedad piense positivamente en el potencial de esta comunidad, el imperio blanco no lo permite. Por esa razón siguen los crímenes raciales, sigue la violación de los Derechos Humanos, de los Derechos Civiles. Es una comunidad empobrecida económicamente porque la rezaga el sistema. En cultura, en creatividad es millonaria, pero no hay escenarios que le permitan brillar, están restringidos. Para muestra del talento y del ingenio están los artistas callejeros que enamoran el verano estadounidense.

Ser negro en Estados Unidos significa ser discriminado, estigmatizado, violentado, asesinado como un perro a plena luz del día sin que el país se indigne. Porque la muerte de un negro vale menos que la muerte. No digamos la de los latinos indocumentados. No es lo mismo que una mujer blanca caucásica vaya a una estación de policía a poner una denuncia por violencia intrafamiliar, por violación sexual, a que lo haga una afro descendiente. A la negra nunca le creerán. Ella siempre será culpable ante los ojos de la ley gringa y encima la abusan sexualmente en las carceletas. ¿Qué sistema le creerá si lo denuncia? Y peor le va si es latina e indocumentada. No es lo mismo entrar a un barrio de negros que a uno de blancos.

En los barrios de blancos también hay drogas y en cantidad, hay delincuentes, asesinos pero nunca lo expondrán como lo hacen con los barrios negros, con toda la intención de desacreditarlos. Ser negro en Estados Unidos es como ser indígena en Latinoamérica, como ser un "nadie" en las urbes. Como ser mujer en una sociedad patriarcal y misógina. Jodido ser mujer negra, ser negra y latina. Ser negra, latina e indígena. Ser negra, latina e indígena indocumentada. Y así se va desmenuzando este sistema de castas segregacionistas.

Hay mucho qué decir acerca de ser negro en Estados Unidos. Y tanto que denunciar acerca de ser latinoamericano y también indocumentado en este país. Porque aunque parezca contradictorio los negros discriminan más a los latinos que los propios anglos y viceversa. No aprendemos los humanos.

Fuente: [Blog de la autora](#)

*Es cronista, fotógrafa que vive en Estados Unidos



Policarpo Pineda Rustán: a quien el valor le temía



El coronel Policarpo Pineda nació en El Corajo, hoy provincia de Guantánamo, en 1839.

Emilio L. Herrera Villa

EL CORONEL GUANTANAMERO FUE UNO DE LOS OFICIALES MÁS CORAJUDOS DEL EJÉRCITO LIBERTADOR

Numerosas balas llevaban su nombre, aunque poco le importaba. La gloria lo acariciaba con honorables medallas de plomo impactadas en su cuerpo, pequeños vestigios de una vida sacrificada. Nunca se escondió del peligro, lo enfrentaba cada día en la manigua. Muchos lo retaron, pero escasos vivieron para contarlo. Eran tiempos difíciles, en los que la insolencia se pagaba al filo del machete.

En sus puños albergaba toda la fama del temerario, virtud que lo identificó como uno de los coroneles más bravos de la independencia. Las historias contadas sobre él no exageran, no presumen. Policarpo Pineda Rustán era un valiente. De esos hombres que ejercían atracción magnética sobre la tropa. Un halo de singular energía rodeaba su figura hasta el campo de batalla, y allí se hacía inexpugnable. Lo sabía el enemigo, también los insurrectos. Personificaba al coraje, sin duda, era el amo y señor de la osadía.

El indio cubano amaba y ansiaba la libertad. Rustán era un arahuaco casi puro, un cacique vestido de mambí. De pelo crespo y rostro de cobre. De espalda ancha y cuerpo atlético. Un hombre muy fuerte de carácter y celoso de su dignidad.

Vivía en una época de sometimiento, de opresión racial, de castigos crueles para negros, mulatos e indios. Muchos hombres se odiaban por el color de la piel. Las filas del Ejército Libertador no eran la excepción, había abundantes contradicciones. Existía un miedo general y una incomunicación alimentada por siglos de intolerancia, de esclavitud, de xenofobia y colonialismo español. Pero sobre eso se alzaban las hazañas de Pineda por los montes de Oriente y lograba así la admiración de sus compañeros.

La futura República auguraba un sueño para muchas personas. Se luchaba y se moría por una Cuba libre de odios y prejuicios raciales. Una nación igualitaria sin ningún tipo de marginación. Esta idea alentaba a la gran mayoría de los combatientes, por eso Rustán estaba deseoso de conocer en persona al Presidente de la República de Cuba en Armas, Carlos Manuel de Céspedes. Admiraba profundamente al hombre que liberó a sus esclavos mientras proclamaba la soberanía de la Isla.

Transcurrían los primeros días de junio de 1872 cuando el Padre de la Patria, acompañado de Máximo Gómez, visitaba el campamento del Indio. Esa tarde, aquel que burlaba constantemente a la muerte, formó a sus aguerridas fuerzas. Impecable resultó la ceremonia de recibimiento y el jefe mambí le mostró al Generalísimo el más bravo de sus oficiales: “General, aquí le presento al capitán más valiente de mi regimiento, Guillermo Moncada, bueno entre los buenos”.

Posteriormente enseñó una gran sonrisa a Céspedes. Ambos patriotas se estrecharon la mano. Poco importaba que el indomable coronel estuviese toda la recepción sostenido por los brazos de sus ayudantes. Ni siquiera la invalidez podía cuestionar su grandeza. Las graves heridas de combate habían recaído sobre sus piernas, las cuales quedaron casi inútiles. Ese era el precio a pagar por una vida arriesgada, mas no interesaba esa incapacidad porque nadie, absolutamente nadie, podía venir a darle lecciones de coraje...

Dentro del Ejército Libertador

A mediados de agosto de 1869 Policarpo se unió de forma oficial al Ejército Libertador, bajo las órdenes del Mayor General Donato Mármol. Por esa fecha el guantanamero empezaba a forjar su fama de guerrero inquebrantable: con unos pocos hombres atacó el campamento español del Ramón, a orillas del río Baconao, donde expulsó a los uniformados del lugar. Cabalgó hacia una guarnición al suroeste del valle, la cual fue abandonada por los defensores al conocer de su llegada. La huida resultó tan aparatosa que los jefes españoles dejaron atrás algunos soldados, grandes cantidades de fusiles y pertrechos de guerra.

Sin tomarse apenas un descanso, Pineda se defendió contra numerosas fuerzas colonialistas llegadas desde distintos puntos del Departamento. Acuartelado en el cafetal “La Sindonia” resistió tenazmente por tres días, hasta que los españoles desistieron en su empeño de subyugarlo. En la retirada llevaron más de treinta heridos y dejaron en los alrededores varias docenas de cadáveres. Al terminar las hostilidades, el Indio se mostró malherido ante sus compañeros. Inmediatamente fue transportado a su cuartel general en las Cuevas del Bruñí, donde permaneció convaleciente todo el mes de septiembre de 1869.

Policarpo Pineda vs. Francisco Pérez

Mientras maduraba la guerra, Rustán rechazaba toda tregua con el enemigo. Se empeñaba en demostrar a la tropa que solo el acero vindicaba la justicia contra el agresor. La ruda manigua alimentó su odio a quienes oprimían a su patria. Se volvió reacio, imperativo y temido. Peleaba como los hombres subyugados, como un cimarrón contra el rancheador, como un león arrinconado, como los valientes en busca de su libertad. Si era él uno de los más bravos combatientes del Ejército Libertador, los españoles tenían también su propio campeón: Francisco Pérez Olivares, jefe de las Escuadras de Santa Catalina del Guaso, quien disfrutaba gran fama de bravucón. Desde joven se convirtió en un rico terrateniente esclavista, poseedor de grandes propiedades en el Oriente del país. La sangre le atraía y mucho antes del Grito de la Demajagua, gozaba de una reputación de hombre cruel. Tenía experiencia como jefe de cuadrillas de rancheadores y por esa fecha comandaba un nutrido grupo de voluntarios.

Durante varias semanas Francisco Pérez siguió el rastro del Indio. Sabía que alcanzaría la gloria si eliminaba al mambí. Buscaba un encuentro con él y conoció por informantes el lugar donde se encontraba. Aproximadamente a las 2:00 de la tarde del 24 de octubre de ese mismo año, se enfrentaron ambas facciones.

En medio del combate, y por casualidad, ambos rivales se encontraron frente a frente. Era un duelo esperado, una contienda personal, una colisión de ideas antagónicas: por un lado un blanco criollo españolizado, baluarte de la esclavitud, y por otro, un indio sublevado en nombre de las ideas de libertad e igualdad.

El machete de Policarpo Pineda arremetía con fortaleza contra el sable español. La acción se volvió tan apasionante que todos los presentes dejaron de pelear entre sí para observar el desenlace del desafío. “Te voy a matar y después te voy a cortar tus c... ”, gritaba Francisco Pérez. A lo cual respondía Pineda: “Francisco Pérez, tu momento final se acerca”.

Segundos después, el bravo mambí abrió de un tajo al integrista, quien caía totalmente desplomado en el suelo. Este hecho impactó al sector más reaccionario de Guantánamo. Muchos juraron vengar al “ilustre Francisco Pérez”, pero la realidad resultó bien distinta porque pocos regresaban cuando se enfrentaban a Rustán y sus tropas.

Policarpo Pineda y los Maceo

Durante la Guerra Necesaria, el Titán de Bronce le confesó a su jefe de Estado Mayor, José Miró Argenter, que los hombres más bravos de la Guerra Grande fueron sus hermanos José y Miguel y el guantanamero Policarpo Pineda. Según la tradición, un día llegó cierta noticia al campamento de Rustán. Los comentarios versaban sobre la osadía de los hermanos Maceo, pues gran parte de los insurrectos orientales los creían los más temerarios del Ejército Libertador. No conforme con esto, el Indio salió de los montes de Guantánamo y se empeñó en buscar a sus competidores. Al llegar al lugar donde estos se encontraban, se paró delante de toda la tropa y gritó: “A ver ¿dónde están esos guapos de quienes se dicen que cogen a los españoles por el pescuezo?”. “¡Aquí estamos nosotros!, respondieron tres de los Maceo: Rafael, Miguel y José.

Testarudo y colérico como de costumbre, retó a los hermanos a irse solos “a cazar a soldados españoles por el cocote”, para demostrar cuál de ellos era el más valiente. Los cuatro bravos se apostaron en un camino muy concurrido a la espera de los “panchos”. Luego de varias horas de vigilancia tuvieron la suerte de toparse con una de las aguerridas escuadras de Santa Catalina de Guantánamo. Todos se lanzaron machete en mano, y ante el asombro de los peninsulares, tomaron la iniciativa de la acción e hicieron huir a gran parte de los uniformados, no sin antes tomar varios prisioneros y capturar el convoy protegido por los españoles. Al terminar la competencia, los cuatro valientes regresaron al campamento heridos y chorreando sangre. Acordaron un empate.

Trágico final para un valiente

A partir de 1870 las acciones se volvieron muy osadas. Continuaba aniquilando al enemigo en cualquier rincón de la comarca. En el combate de Tampú abatió prácticamente solo a gran parte del Estado Mayor español. En esa ocasión su machete condenaba a muerte al teniente coronel Crespo, al capitán Venancio Castillo y al teniente Portuondo.

Durante el combate de Mayán, la dureza de Policarpo Pineda salió nuevamente a relucir. Sus fuertes piernas fueron acribilladas a balazos. La sangre no paraba de correr, había muchos proyectiles incrustados en sus músculos. Estaba herido de gravedad. Nunca más volvería a caminar, sin embargo, continuaba peleando con gran fiereza. Ordenaba a sus ayudantes que lo amarrasen a su caballo para servir a la Patria.

Muchas veces se le habló de su incapacidad física, no obstante siempre encontraba argumentos para seguir luchando. Incluso se indignaba cuando le mencionaban el tema. Para él su invalidez no era excusa para ausentarse de la batalla, persistía en ser el primero en atacar al enemigo. Carlos Manuel de Céspedes escribiría: “Rustán está como Sanguily, enteramente lisiado, no puede andar sin dos muletas y por lo tanto no pelea más que a caballo”.

Céspedes y Gómez trataron de convencer al mambí sobre la gravedad de su estado. El Padre de la Patria quería enviar al temerario combatiente a los Estados Unidos para curarle sus heridas en un hospital privado, pero el fiero mambí replicó con un contundente no: “Si no sirvo para matar,

servo para que me maten” . Con estas palabras se disipaban las esperanzas de Céspedes. La testarudez de Policarpo Pineda vencía a la elocuencia del Presidente.

Con la visita de ambos patriotas, el Indio concientizó su situación. Poco le importaban los días difíciles por delante. La longevidad nunca le preocupó. El Presidente de la República y del General más importante de la gesta libertadora lo trataban como un igual. Soñaba con un futuro para Cuba donde los hijos de esclavos y los hijos de propietarios de esclavos serían capaces de sentarse juntos en la misma mesa sin distinciones.

Su mirada comprendía la magnitud del momento. De triunfar la revolución del 68, tal como pretendía Céspedes, no se hablaría más del blanco, del indio o del negro, diferencias que solo encerraban desprecios y odios, sino de una nueva identidad, de una nación equitativa y justa. Policarpo Pineda vio la tierra prometida, incluso antes de caer junto a su caballo por un precipicio, en 1872. Se iba de este mundo a sabiendas de que en la patria futura prevalecería una sola raza: la humana.

Bohemia, año 106, no. 9, 2 de mayo de 2014



El viejo Amores, un mambí sin medallas

Silvio Castro

I

La historia de este veterano de la última guerra contra el colonialismo español en Cuba pudiera ser la de muchos veteranos negros, los cuales constituyeron el grueso del Ejército Libertador.

Según cifras conservadoras, más del 80% de los combatientes de estas fuerzas mambisas eran negros y mestizos. En mi libro *La masacre de los Independientes de Color* señalaba que un hijo del Mayor General mestizo Flor Crombet presidía, a finales de la década del 30 del siglo pasado, la Asociación de Indigentes de Cuba. Para vergüenza de la república mediatizada.

Conocí al viejo Amores en un ómnibus de la ruta 4. Entablamos conversación poco después de un incidente con unos jóvenes irrespetuosos que obligaron a aquel hombre a erguirse indignado y, con vigor increíble, enarbolar su bastón para colocar a aquellos malcriados en su lugar.

Después supe que tenía 87 años, Corría el año 1966 y respondiendo a una invitación suya hecha durante este encuentro fortuito, fui a visitarlo en su modesta casa en el reparto Mantilla, en las proximidades del paradero de la ruta 4, donde vivía rodeado del respeto de los vecinos de su cuadra en la calle Séptima no. 31. En varias ocasiones visité su casa. Fruto de esas conversaciones surgieron estas notas sobre un mambí anónimo.

Nació en mayo de 1879. Sus padres eran negros nacidos en Cuba y se nombraban Matías Daniel y Juana Amores. El recuerdo más lejano de su infancia era el de un ciclón, del que nos dijo: “Hubo un ciclón muy grande en 1888, Cuando aquello mi abuelo hizo una casa bajita de 18 horcones, pero el ciclón estaba muy fuerte, abuelo mandó a papá y a un tío mío a que botaran los cochinos (cerdos) que estaban allí y al momento toda la casa traqueó y todos corrimos para donde se habían sacado los cochinos”.

“Yo, que era un vejigo, me quedé mirando mientras la casa se caía, salió un ratón y le salí

corriendo atrás, el viento me llevó, tío salió detrás de mí y me agarró. Dispué fuimos pa' Vueltas y en un pedazo de monte hicimos una siembra y nos mudamos pa'l'entrá de Hato Viejo, cerquita del ingenio "La Luisa". Allí vivía Don Nicasio Mirabal, que fue mi jefe dispué cuando la guerra".

Se queda pensativo y mastica el mocho de tabaco, escupe y continúa Por ahí había pocos pastos, se tumbaba el monte y se sembraba paná pa hacer pasto. Los muchachos éramos los que por la mañana botábamos el ganao pa que comiera. Aquel paraje lo colonizaron 10 ó 12 familias.

Tiempo dispué, cuando ya yo era un muchacho nuevo, un día de enero la guardia civil fue a buscar a Nicasio Mirabal, pero no pudieron cogerlo. Al cabo de los años volvió de capitán con Maceo. El día que fueron a coger a Don Nicasio la guardia civil le echó mucho plomo, total pa ná. Don Nicasio se les fue. ¡Ah cará!, aquellos cubanos si eran de anjá.

Me fui a la guerra en mayo del 95. ¿Cómo? ¡Ah!, en Las Villas. Cruzó por la zona el cabecilla insurrecto Pedro Díaz, de Yaguajay, que murió aquí en Labana, por Melena. Pedro Díaz venía como con 40 hombres de a caballo. Yo estaba en el platanal con mi caballo, me monté en él y me fui con ellos. Esto fue en Vueltas, cerca del ingenio "La Luisa". Por ese entonces yo tenía, ¡caray!, como 15 años

¿Qué dice usted? ¡Qué va, qué va!, yo nací libre y mis padres eran libres también. Cuando estaba al cumplir los 18, Máximo Gómez (quien era jefe del estado mayor de las fuerzas anticoloniales) me dio los primeros grados, eso fue en Juan Criollo. Yo era cabo de dedo. Allí peleó hasta el Marqués de Santa Lucía, pues Gómez lo mandó a que echara palante.

Bueno, volviendo a los de los grados, el general Gómez dijo: "Ilámeme a ese que está en la avanzada" y yo fui; entonces le dijo a Nápoles: "Hazlo teniente". En Juan Criollo yo era cabo de dedo y me mandaron en una avanzada para observar las tropas españolas que venían de Sancti Spíritus.

Dispué me mandaron a un hospital de sangre, que eran tarimas de guano. ¿Por qué? Pues en la guerra se hace de to, hijo. Yo fui ayudante de Solano y con él me fui pal monte cuando La Chambelona. Porque yo fui siempre liberal (se queda pensativo y tararea: Ae ae ae La Chambelona) y se echa a reír.

A pesar de sus encías descubiertas de dientes y su rostro surcado de arrugas, su mirada adquiere un brillo juvenil y picaresco y añade: "Yo soy un hombre timbalú, guerrero". ¡Ah, ese hospital de sangre!, que usted me preguntó el otro día. Estaba en Palo Prieto, cerca de Santa Clara. Usted no tenga pena, pregunte, lo mismo si yo no le doy razón, pues a lo mejor hoy no me acuerdo pero mañana sí. Usted sabe que a nosotros los viejos nos falla la memoria.

Yo era analfabeto cuando me fui a la guerra. Dispué de terminar la guerra me fui a buscar a mi padrino, que era tenedor de libros de centrales, él era blanco. Me gasté ocho pesos comprando cartillas, láminas. Y así a los tres meses podía llevar mis cuentas. Dispué seguí hasta que leía bien, sobre todo el periódico, yo siempre sabía de todo porque leía todos los días el periódico.

Le voy a hablar del brigadier Rafael Casallas, se hizo jefe de las tropas de Camajuaní y Vueltas. Él hizo un banquete con boniatos asados, puerco hervido en yagua. Las mujeres en túnico azul y blusa blanca, los hombres con zapatos de orejitas. A los nueve días se alzó con un puñao grandísimo de hombres, más de 200 ¡Ay, mi hijo!, a los tres días lo mataron cerca de una alcantarilla.

En el 97 muchos se acogieron a la autonomía, aunque siguió la guerra, Marta Abreu mandó armas y comida, hubo un desembarco por Palo Seco, un lugar muy cenagoso y traían esprinfiles, que eran muy pesados, había relámpagos de 18 tiros que se trababan mucho. Yo cogí el de nueve tiros, que era más ligero. Tuvimos una batalla en Calabaza, los panchos, je, je, je, así le decíamos a los españoles, pusieron las acémilas de trincheras, las mataron para eso. Nosotros les pasamos por arriba y machete con ellos ¡cará!."

Se levanta Amores de su sillón y hace molinetes con el bastón como si fuera un machete.

“Je, je, je, dispué nos comimos las acémilas. Un sargento de la infantería que llegó tarde se comió el pito de un mulo. Llegó, lo cortó con la bayoneta, lo limpió y lo frió. Lo hizo porque no alcanzó a acémila. No pongas esa cara, mi hijo en la guerra se come de to' lo que aparezca.

¿En la invasión? En la invasión yo iba por el norte, dispué fuimos por la parte sur. Maceo cerca del central “Mercedes” y nosotros cerca de Calimete. Él mandó al capitán Núñez porque venía un tren de Aguada con 300 hombres. Núñez se emboscó en las cañas y le dio candela, según salían los panchos los iba macheteando.

El general Bermúdez me dio un pinchazo en la espalda (se levanta y apoyándose en el bastón me dice que le levante la camisa y veo en su espalda una cicatriz de casi 25 centímetros). Yo venía en comisión y me encuentro con Bermúdez y su gente y quiso que me incorporara con él, yo le dije que no podía ir. Eran como las 16:00 hora local desde la mula en que iba sacó el machete y me tiró un machetazo en la esquirea y me cortó en la espalda, yo me hui y cundo llegué a Tuibisabo, informé lo que me había hecho.

Bermúdez siempre andaba con “Payaso”, su ayudante. De la misma manera que “Payaso” lo ayudaba a montar y desmontar. Bermúdez usaba un revolver 44, en Rincón de Guano lo fusilaron por orden del general Máximo Gómez. Bermúdez era muy abusador, hizo muchas cosas malas, pero era guapo.

Una tarde de sábado me recibió malhumorado, el motivo era que no había tomado café desde el día anterior y decía que le dolía mucho la cabeza y que no quería hablar. Al rato de estar sentado junto a él le dije “Mire, Amores, voy hasta mi casa y le traigo un poco de café”. Me miró y se quedó callado. Al rato me respondió: “Tú vives por la Víbora, eso es lejos. Mejor lo traes mañana”. Y continuó diciendo: “Weyler hizo zonas de cultivos para los pacíficos con cercas muy altas, nosotros nos colábamos por debajo de las cercas a buscar viandas. A veces no teníamos ropa, zapatos, nada! encueruzo andábamos! Recogíamos pedazos de telas para hacernos taparrabos.

Mire usted, le voy a contar del conguito que era hijo de Quintín Banderas. Una vez veníamos de exploración por las cercanías de Pedro Barba, pegado a Vega del Paso y nos sorprenden y me matan el caballo y la rodilla me quedó debajo de él. El conguito, rodilla en tierra, tira y tira, que te tira (pone las manos como si tuviera un fusil en ellas) y no dejaba acercarse a los guerrilleros. Entonces vino Epifanio y jala el caballo por el rabo hasta que pude salir; dispué el conguito hizo que quitara la montura y me fui en las ancas con el conguito. Esto fue al principio de incorporarme al ejército mambí. Mire usted, ahora que me acuerdo, casi al empezar la guerra, pero bueno déjeme terminar, cuando pasó lo que le contaba, el Epifanio del que le hablé murió hace poco, buen amigo mío, Epifanio Ramírez Pérez.

En Sagua, casi empezando la revolución (se refiere a 1895), en un punto llamado Chinchilla en la carretera de Quemado de Güines, un cabo al que le decían Componte, le dio componte (quiere decir que lo golpeó con la parte plana del machete) a un primo mío que le decían Canchula. Pocos días dispué mi primo los esperó en un caballo de montería que él tenía. Usted sabe, los guardias civiles venían siempre uno primero y el otro atrás. Canchula enganchó con un lazo al que venía delante, que era Componte, y lo arrastró por to' el camino hasta matarlo. Tremendo revolico se armó pero no descubrieron que era mi primo Canchula.

En ese tiempo los españoles que tenían bodega en el monte, convivían con los bandoleros. ¿Por qué le digo esto?, porque al cabo de un tiempo la guardia civil cogió a mi primo Canchula que se había juído pal monte y lo llevaban pa identificarlo. Un español bodeguero cuando pasaban les preguntó a los civiles: “¿Qué pasa con ese muchacho, adonde lo llevan?. Es marchante de la casa y no lleva cédula porque seguro se le quedó en la casa. ¡Suéltelo!” Así fue como Canchula se fue.

Mi última batalla, hum. Eso fue en Triunfana, Matanzas, allí ascendieron a Pedro Díaz a

teniente Coronel, lo mandaron pa trá para organizar una segunda invasión, pero yo me quedé en Las Villas con el regimiento Platero, despué del combate de Palo Prieto el regimiento se llamó Victoria y pertenecía al Cuarto Cuerpo; allí había gente de la brigada de Remedios. ¡A esa gente le roncaba!, en ella estaban el Coronel Higinio Ezquerro, el teniente Coronel Manuel Nápoles, el Comandante Veitía.

Después de Triunfana seguimos por detrás de Colón. En el fuego de Coliseo yo no fui, nos mandaron pa trá con Pedro Pérez. Chico, ahora que tú me dices no recuerdo bien ¡esta cabeza mía! No recuerdo si fue con Pedro Pérez o con Pedro Díaz. No, no te voy aclarar, Triunfana fue mi último combate con la fuerza invasora, despué cuando fuimos pa trá hubo otros como el de Palo Prieto.

II

A Maceo lo oí hablar dos veces. La primera vez lo vi más allá de Zaza, en el camino de Siboney, despué de la batalla de Iguará. El general Maceo siempre miraba parrriba. Allí en el camino de Siboney llamó al conguito que era ayudante suyo y era hijo de Quintín Banderas. En aquel lugar se hizo un arco con una bandera cubana, pasábamos por debajo de ella y dejábamos que nos rozara la frente.

Allí se presentó un teniente de la partida de un tal Juan Agustín Sánchez y que traía un grupo de voluntarios (hace referencia a los españoles civiles que servían de apoyo a las fuerzas colonialistas). Maceo le dijo: “¿Usted está seguro de que son voluntarios?”. El hombre dijo que sí y entonces el general mandó a ahorcarlos. Usted sabe esos voluntarios eran muy malos, fueron los que fusilaron a los estudiantes cuando la guerra grande.

Bueno, la vez que oí a Maceo hablándole a toda la tropa él decía: “cuando acabe la guerra iremos a descansar un poco. Todos iremos a descansar a nuestras casas cuando acabe la guerra, no cobraremos sueldo para no empeñar a la República”.

En Iguará, cuando terminó el combate, el General dijo: “Estos que murieron allí y que aquí le estamos dando sepultura, fueron muertos por el derecho del hombre, estamos terminando el siglo, los que queden vivos que sigan defendiendo el derecho de los hombres”.

Pasaron casi tres semanas. Amores estuvo con gripe y fiebres, pero no dejaba de mascar tabaco y de encender su vela todas las noches a la Virgen de las Mercedes y me decía; “Yo no creo en los curas, pero sí en la virgen”.

“Cuando acabó la guerra y acampábamos cerca de los pueblos, to' el mundo se nos acercaba. Al entrar a los pueblos despué se perdonaba a los movilizados, a los voluntarios ¡hasta a los guerrilleros, carajo! Y muchos de esos guerrilleros (a finales del siglo XIX se llamaba así a los traidores cubanos incorporados al ejército español) se unieron y se hicieron pasar despué por veteranos. A los dos años de terminar la guerra, corrí la Pascua más grande de mi vida.

Cuando terminó la guerra yo vine pa Labana con Máximo Gómez. La fuerza de Remedios acampó en Rojas hasta que se fueron los españoles y después entramos en el pueblo. Más tarde el general Gómez sacó 50 hombres de cada fuerza para que entraran en Labana, entramos por Ciénaga y acampamos en la Quinta de los Molinos. Cuando pasamos por la esquina de Tejas nos tiraron flores y dicen los que iban alantico que el general Gómez decía; “ahora sí, ahora sí, cará”.

Después pasamos por el campo de Marte, los jefes grandes se quedaron en Labana y él fue pa la Quinta de los Molinos y tres días despué fuimos embarcados cerca del Castillo del Príncipe por una línea de tren que había allí y regresamos a Las Villas, donde nos licenciaron. Yo me fui a trabajar, no había nada que comer, quedaron muy pocos en el ejército cuidando cuarteles y centrales. Con el mismo caballo que hice la guerra y otro amigo que habían licenciado hicimos una yunta pa empezar a trabajar la tierra. ¡Ay, míjo, esa es una historia de muchas cabronadas. Roloff era el que asentaba en el libro y

quien no estaba en el libro no cobró, dispué y yo no me ocupé de eso. Yo me dediqué dispué al mercado de tamales, frutas. Como en el año 40 vino un abogado y me dijo que por 200 pesos él me arreglaba los papeles pa cobrar la pensión (se queda pensativo) o a lo mejor fue por el 30, yo no tenía dinero pa eso. Dispué vino otro abogado y me dijo que me podía arreglar los papeles, pero que tenía que darle mi pensión por un año. Usted no sabe lo sinvergüenza que eran todos esos doctorcitos.

Prío (presidente en la década de 1940) le pagó a algunos pocos cuando la ley del regateo, pero se lo robaron casi todo. A los que le pagaron mayormente eran a los que vivían en Labana.

Montoro y Freyre de Andrade fueron los que impulsaron a Don Tomás (Estrada Palma) para que se postulara de nuevo. Don Tomás violó la Constitución. La camarilla fue la que hizo que Don Tomás hiciera lo que hizo. A mí me dolió mucho la intervención (militar de Estados Unidos en Cuba en 1898) porque los americanos no querían a los negros.

¿La guerra de Estenoz? No, no. Yo siempre fui liberal. José Miguel (Gómez) fue un buen presidente, cualquiera lo veía y podía hablar con él. Nosotros los del Ejército Libertador íbamos allí a Prado 72, cerca de Trocadero, eso sí, siempre que fuera jueves. Muchas veces fui y él estaba jugando billar y yo entraba como perro por mi casa, saludaba al General, a veces veía también al general Figueras.

Esa fue una guerra muy fea, porque Estenoz era amigo de Gómez y él podía cuando quisiera. Él se levantó por Yatera, por donde estaban los indios, por esa zona yo estuve escogiendo café allá por el año cinco (1905).

En esa época yo regenteaba casas de escogida en Cabaiguán, que eran de López, Manuel Rodríguez y Pepe Brito; allí estuve hasta 1914. No, por allí no hubo ningún levantamiento de la gente de Estenoz. Se decía que uno de los jefes que andaba con Estenoz había venido de Santo Domingo. Donde yo estaba, en la escogida trabajábamos como 80, blancos y negros y no hubo problemas cuando el alzamiento de Estenoz. No, no, todos nos llevábamos muy bien, éramos gente de trabajo.

No, no ¡carajo!., yo no tuve na que ver con Estenoz. Ya le he dicho que yo era liberal. Yo pelié en el seis con los Liberales y en el 17 con los liberales. Sí, sí, esa misma “La Chambelona”, contra Menocal. En el 1916, cuando fueron a postular a Zayas, yo era delegado y me citaron a Santa Clara. A mí nunca me ha gustado la política, yo no quería ir pero Méndez Peñate me mandó dos o tres recados, él era mi amigo. Dispué me mandan un telegrama pa que venga pa Labana.

Mendieta era terrible, muy cabeciduro, pero era un patriota. Bueno, pues vine pa Labana y me llevaron a un ingenio en Melena del Sur, donde hubo un banquete con periodistas y to. Dispué de algunos discursos me agarran de sorpresa y me dicen: “¡Roberto, ahora te toca a ti!”. ¡Qué cosa más grande!, yo sin preparación, salgo entonces pa llá, era un depósito de azúcar que habían limpiado, llevaba la cabeza vacía y miro pa allá donde estaba Mendieta y me hace con la mano una seña como pa que siga palante (hace una pausa como reordenando sus pensamientos). Ni me acuerdo de lo que dije pero, ¡carajo, cómo sudé! Yo no sé discursar.

¡Ah!, dije cosas como que la Patria te necesita, tienes que aceptar y es así. Dispué Mendieta se levantó y me dio un abrazo (lanza un suspiro y masca el mocho de tabaco). Esos políticos me utilizaron, yo les hacía falta.

Fui ayudante del comandante Luis Solano Machado, que lo plenipotenciaron en Guatemala, buen hombre aquel. Los militares de la del 17 de febrero se reunieron por la Manzana de Gómez, fui allí a verlos. Solano me dijo: “vamos pa la calle 10 en el Vedado, ahora baja por Tejadillo y ve a mi hermano”. Dispué me fui con Solano pa Santa Clara. Iba también Méndez Peñate.

Bueno, más tarde, cerca de Santa Lucía, acampamos cerca de la loma del Mazo, fui con Solano a recoger la dinamita y la máquina de informar; todo eso lo cogimos como a media legua de

Fomento. Di dos o tres cargas al machete (se levanta), me mataron dos hombres y me hirieron tres por allá, cerca de La Jiquima.

¡Qué cosa tú dices! Muchacho, de Matanzas pa allá tol mundo se alzó contra Menocal, pero, carajo, míster González no aceptaba, no aceptaba, y que no. Cuando los americanos decían no, era NO (se queda pensativo). Usted sabe, a mí me parece que ellos por allá mataron a Calixto García porque no les convenía. Sí, ellos necesitaban, a ellos les convenía Don Tomás.

Bueno, cuando fracasó aquello salí del monte. Salí huyendo a pie, llegué hasta Ciego de Ávila y cogí un tren hasta Manzanillo. Allí, Martínez Quiros, que le decíamos Pajuza, me dio el salvoconducto. Me fui pa Jamaica con un dinerito que me dieron. Dispué estuve en Bogotá, que es muy fría por la noche, y dispué pa México. Cuando vino la amnistía regresé.

Pajuza era representante, murió cuando el ras de mar en Santa Cruz. Mucho que trabajé por esos lugares pa poder comer. En Kingston me costó trabajo almorzar, yo no sabía inglés, no tenía guía, pedía con el dedo y me trajeron ensalada de lechuga, ensalada tipo Carola. Dispué señalé otra cosa con el dedo y era otra ensalada, carajo, y me quedé mirando serio al mozo y entonces se fue y me trajo un bisté. ¡Era bisté de verdá, cará! Tomé una cerveza marca T, que venía en envase de barro.

Por la tarde me hospedé en un tercer piso, cuando bajé a la oficina vino un pardito que conocía alguien que hablaba castellano y él mismo lo hablaba. ¡Se me abrieron las puertas del cielo! Él me hizo una lista en inglés de las cosas.

Mire usted, que me ha preguntado tanto de eso y yo no sé nada, pues yo era liberal. Ese pardito se había ido de Cuba después de la guerra de razas, también encontré otro en Costa Rica que se había ido después de lo de Estenoz.

Sí, yo pasé por Costa Rica cuando iba pa México. El pardito vino dispué y me ayudó mucho, fuimos a comprar ropa y a los tres días me llevó hasta el barco. Eso fue en Jamaica No, hijo, cuando aquello no había tantos papeles pa viajar.

A Cuba volví en (barco) Alfonso XIII y pa que no pasara nada estaba en el muelle esperándome el Coronel Quiñones y otros liberales como yo; veníamos cuatro. Estuve como 30 días en Labana. Dispué con una carta que me dio Joaquina, la señora de Pablo Herrera, hombre de Menocal en Palacio. Bueno, usted sabe cómo son las cosas, aunque ellos eran conservadores, existía la amistad, el compadreo (se ríe) había mucho guabineo y de eso nos aprovechábamos los de abajo.

La carta, que era una tarjetita, era por si me prendían. Ella me dijo (la saya de las mujeres vale mucho, ve pa llá y si tienes problema enseña la tarjeta). Dispué yo le pedí una carta para un colono fuerte de Matanzas porque no quería ir pa Las Villas, donde me había alzaó; cosa de que no la cogieran conmigo. En Matanzas no me conocían.

Pues sí, me dio la carta y me fui. Más tarde vine pa Labana con el Coronel Solano y me quedé aquí pa siempre. No Solano se fue pa Camagüey, él tenía fincas por allá.

Entrevistas hechas entre julio y octubre de 1966

Notas aclaratorias finales del autor:

Muchos años después de esta entrevista, comprobé una vez más --y ahora gráficamente-- que Amores era un hombre de gran memoria. Al leer el *Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba*, tomo I, editado en 2001, pero al que tuve acceso en julio del 2005, vi en su página 77 la minibiografía del coronel Rafael Monteagudo Casallas y los hechos sobre el alzamiento que narró Amores se comprobaban. Amores habla también de que el general Bermúdez era medio paralítico. En el libro antes mencionado (página 56) se dice que durante la etapa de la invasión había sufrido graves heridas

en una pierna que le provocaron cierta invalidez. Al parecer, su desgracia exacerbó su crueldad y mal humor.

Luis Solano Machado, que unas veces lo señala como comandante y otra como Coronel, no aparece en el antes citado libro.



Facundo Rivero o la carretera del Sans Souci

Alfredo Prieto

Facundo Rivero es otro de esos huecos negros en una cultura con problemas de memoria. Nacido en 1910, en los años 20 debutó como pianista en un teatro de Santa Clara hasta comenzar a tocar en orquestas de charanga, primero en la de Raimundo Plá y luego en la de Belisario López. Más tarde ingresó con su instrumento en el cuarteto Siboney, fundado en 1940 por la también pianista y compositora Isolina Carrillo (1907-1996). Se iniciaba así una tradición actuante durante mucho tiempo en la música cubana con agrupaciones vocales como las de Orlando de la Rosa, las Hermanas Lago, Los Faxas, Las D' Aida, Llopiz-Dulzaides, Los Modernistas, Los Meme, Los Zafiros y el Cuarteto del Rey, entre otras, todas bajo el ala norteamericana, pero no por ello menos criollas, un clásico ejercicio de antropofagia cultural, como el *feelin'*. En 1941 fundó su cuarteto, integrado por Mercedes Romay, Jesús Leyte, Welia Núñez y Abelardo Rivero. Por ahí también pasaron figuras como Elena Burke (1928-2002).¹

Facundo tiene en su expediente ciertos lauros. Uno consiste en haber vislumbrado y promovido el talento y la voz de Olga Guillot (1922-2010), una joven santiaguera que en 1939 se había presentado en la Corte Suprema del Arte junto a su hermana María Luisa, y ex integrante del cuarteto Siboney. En 1945 la colocó en el "Zombie Club",² en la calle Zulueta no. 256, cerca del Sloop Joe's. Al año siguiente la Guillot incorporaría en su repertorio "Lluvia gris", versión en español del ya desde entonces clásico "Stormy Weather", todo un éxito en aquella Habana de sonoridades, hedonismos y corrupciones auténticas; entonces fue nombrada "la cancionera más destacada de Cuba". Otro, en ser el compositor de "Quédate negra", uno de los números con que Úrsula Hilaria Celia de la Caridad Cruz Alfonso, en breve Celia Cruz (1925-2003), inició su carrera en solitario en Venezuela, acompañada por la Orquesta Leonard Melody y bajo el sello Comercial Serfaty. También en componer "Yo estoy aprendiendo inglés" y "Majarete", grabadas en 1942 por Orlando Guerra, más conocido por "Cascarita".³

Incursionó en la onda afrocubana en creaciones como "Obatalá/Eleguá", con Mercedes Valdés y Bienvenido León, un *standard play* producido por la Panart en 1954. Este registro folklórico era sin embargo escoltado por otro muy distinto, un coletazo del movimiento negrista presente en la literatura cubana --y en particular en la poesía--, hacia los años 20 del siglo pasado, con las externalidades y "tipicismos" de "lo negro". Y lo hacía echando mano a ciertos

¹ Radamés Giro: *Diccionario enciclopédico de la música cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2009.

² Una *Havana Weekly* de 1947 lo recomendaba los turistas norteamericanos y lo caracterizaba de la siguiente manera: "First class open-air cabaret on Zulueta Street 256, near Central Park. Typical music and good entertainment. Tel. M-5000".

³ Canción y letra en www.música.net/letra-de-cancion-majarete-mambo_facundo-rivero/ La discografía de Rivero es difícil de localizar. Un disco --Facundo Rivero y su cuarteto: *Serenata mulata*--, recoge varias composiciones suyas como "Serenata mulata", "Mambo al rojo vivo", "El baile del Chucu Chu", "Piropo", etc. Otro, *Piano caliente*, contiene "Piano guaguancó", "Lacho", "Medley francés", "Guagua" y "Facundo", entre otras.

rasgos físicos con una perspectiva bastante racista, algo que para ser justos no se veía muy claro en aquella época. En 1955 un ejemplar de *Bohemia* lo estampaba de la siguiente manera, con lo cual se avalaba, de hecho, un esencialismo enteco y simplón:

Este Facundo Rivero sí trabaja, sí produce. Pero es otro. Facundo Rivero, que además de dirigir un Conjunto que ha recorrido el mundo triunfalmente, compone música negra, muy suya, muy sentida, porque la lleva dentro y le brota.⁴

E incluía los textos de tres de sus composiciones en esa tesitura. Una de ellas “A bamba na má”, lleva mucho más lejos y hasta corrompe el “diente de mererengue, bamba de caimito” de un famoso poeta camagüeyano:

*Si me vieran comiendo un melón colorao
sin cuchillo, sin cuchara, sin tenedor
¡a bamba na má!
Si me vieran comiendo un plato de merengue
con las manos amarrá
¡a bamba na má!
Si yo me cayera en un barril de cal
no se me verían los ojos y la nariz
¡la bamba na má!*⁵

La segunda, “Yo soy distinto”, una especie de síndrome del calesero:

*Yo soy distinto a tos los niches:
yo no toma café.
Yo soy distinto a tos los negros:
yo también baila minué.
Yo soy distinto a tos los niches:
a mí el santo no me da.
Yo no me estira las pasas:
yo me las deja risá.
Yo no me echa polvo:
yo deja mi cara brillá;
yo no me pinta la bamba:
yo la deja como etá.
¿Pá qué yo me va a untá polvo
ni mi pasa va a estirá,
si totá no han inventao
ná pa quitarme la bamba
ni mi nariz inflá?*⁶

En esa misma década se presentó en los Estados Unidos, por entonces bajo la euforia del mambo. En 1953 actuó con su cuarteto en el Chateau Madrid de Nueva York,⁷ a dos cuadras del famosísimo Copacabana, y probablemente también lo hiciera en el Palladium y su gran salón de

⁴ *Bohemia*, año 47, no. 5, La Habana, 30 de enero de 1955.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Un testimonio gráfico en www.flickr.photos/13599207@NO4/2587196776/

baile. Allí muy bien pudo haber conocido a Marlon Brando, un verdadero asiduo. Bajo el influjo de aquella locura social, ese año el pianista y orquestador puertorriqueño Joe Loco organizó una gira por la Unión, “Mambo USA”,⁸ a la que se sumó mucho de lo que brillaba y valía en el género. Una movida sin dudas redituable, porque al año siguiente se repitió incorporando a otros protagonistas, uno de ellos al pianista Facundo Rivero, junto a Machito y sus AfroCubans, Tito Rodríguez y varios sonados músicos del momento.

El percusionista ítalo-americano Jack Costanzo, más conocido por “Mr. Bongo” en los círculos jazzísticos de la época, fue una persona que se hizo a sí misma aprendiendo a tocar el bongó en su natal Chicago, pero en los años 40 viajó más de una vez a La Habana para perfeccionar su técnica, un camino de Santiago que también recorrieron otros: ir o no ir a la fuente viva era la cuestión. Trabajó en agrupaciones como los Lecuona Cuban Boys y con Stan Kenton, Nat King Cole, Frank Sinatra y Dámaso Pérez Prado. También tocó con Marlon Brando en descargas públicas y privadas. Entrevistado a principios de este siglo por Erick González para *Herencia Latina*, dijo del hombre del tranvía y el deseo lo que otros han dicho, aunque tal vez con un poco de irreverencia y distanciamiento: “para ser un aficionado, no tocaba mal. Era un verdadero adicto a la tumbadora”. Esto para diferenciarlo de James Dean y Gary Cooper, genuinos desastres en esos menesteres, pero tragados por la moda. Y testimonió un peculiar *jam session* en la casa de Brando en Los Ángeles. Le dijo a González:

Fui a una fiesta en su casa en honor de Edith Piaff, una famosa cantante francesa. Él me invitó. Allí estaba también un pianista cubano llamado Facundo Rivero. Marlon Brando le alquiló esa casa a una actriz de cine llamada Ann Miller.⁹

Es esto justamente lo que explica la reacción de Brando en la carretera del cabaret Sans Souci aquella última madrugada de febrero de 1956. Un momento de la entrevista que se sustenta en sí mismo, pero con todo de contextualización necesaria. Aquí el joven Cabrera Infante se está ejercitando en la técnica del iceberg:

En medio de la conversación, una máquina se detiene junto a la nuestra.

-¿Está ahí Marlon Brando? --pregunta alguien en español.

-No, no está Marlon Brando, responde Marlon Brando en español.

Pero dentro del auto desciende alguien y dice:

-¡Cómo no! Si es Marlon. Hey, Marlon, it's me! Facundo.

Es Facundo Rivero. Marlon lo saluda con verdadera alegría.¹⁰

Con esa anagnórisis que al fin lo libera de la pesadilla de otro fan, Brando manifiesta, de hecho, haber querido repetir una experiencia musical previa con el pianista al otro lado del Estrecho:

-Eh, Facundo, ¿dónde has estado? Te he buscado por toda La Habana. Quería que organizáramos un grupo para tocar un rato.

Facundo habla su mezcla de inglés y español, que no es ninguna de las dos cosas. A través de la ventanilla:

-¡Muchacho, hasta Pardo Llada lo dijo! Marlon Brando está buscando a Facundo Rivero.

⁸ Arsenio Rodríguez: Sobre el *mambo craze*, véase *Ned Sublette: Cuba and its Music. From the First Drums to the Mambo*, Chicago Review Press, 2004, pp. 547-584.

⁹ Erick González: “Scorching the Skins with Jack Costanzo”, interview conducted on February 16, 2001 and November 28, 2005.

¹⁰ Guillermo Cabrera Infante: “Marlon Brando: un amigo”, *Carteles* no. 10, La Habana, 1956.

Marlon Brando no sabe quién es Pardo Llada, pero el énfasis de Facundo es tan amplio que creo comienza a adivinarlo.

-¿Cuándo te vas?

-Mañana por la mañana.

-Es lástima.

-Sí, es u-na pe-na --dice Marlon en español--. Pero puedes venir por casa cuando estés en Nueva York.

Facundo lo promete y se marcha después de saludar a Dorothy Dandridge.¹¹

La entrevista concluye con lo que se inician muchas evocaciones de la estancia cubana de Brando --por cierto, la única documentada--, aunque las razones sean más complejas de lo que el propio actor le exterioriza a la Dandridge:

En la madrugada, Dorothy hace una pregunta y la respuesta revela el carácter de ese gran actor del cine y personalidad extraordinaria que es Marlon Brando:

-¿Qué te ha traído por La Habana?

-Estaba en Miami en asuntos de negocios y de pronto se me ocurrió comprar una tumbadora.¹²



Facundo Rivera y su cuarteto

¹¹ *Ibíd.*

¹² *Ibíd.*

De la africanía en Cuba

El Ooni de Ife

Heriberto Feraudy Espino*

Recién conocí del fallecimiento, el pasado mes de julio, del Ooni de Ife, *Alaiyeluwa Oba Okunade Sijuwade Olubuse II*, rey de los yorubas. *Ooni* es una palabra antigua que, modificada en tiempos milenarios, significa “el Dios, el hombre más grande”.

Lo conocí durante mis frecuentes visitas a Ile Ife, vieja capital del antiguo reino yoruba antes del surgimiento del imperio Oyó, considerada cuna de la tradición, la cultura y la religión de esos pueblos. En Ile Ife radican, además de la Universidad, el *Aafin* (palacio) y varios templos como los de Obatalá, Olokun, Babalú Ayé, Ifá y Oluyare, entre otros.

Recuerdo que al principio de mis visitas al *Aafin*, como establecía la tradición, estas eran anunciadas a través de una corneta. Luego, ya en presencia del Ooni, la comunicación con su majestad no podía hacerse directamente sino a través de un traductor de la lengua yoruba. Una vez impuesto el Ooni de Ife de los vasos comunicantes entre la tierra de Olofin y de Oduduwa y el pueblo cubano, este requisito protocolar fue soslayado.

Al cabo de cierto tiempo, y de varios intercambios fraternos, surgió la idea de una posible visita suya a Cuba. Una de las condiciones que insinuaba el rey era la de ser recibido por el presidente Fidel Castro. Fue gracias al apoyo recibido por el entonces jefe del Departamento de Asuntos Religiosos del Comité Central, el inolvidable José Felipe Carneado, se superaron algunos problemas, y este deseo se hizo realidad.

No puedo olvidar el día del encuentro. Me encontraba en la residencia del Embajador nigeriano, quien daba una recepción con motivo de la visita, cuando el compañero Risquet me comunicó que Fidel iría para la casa de protocolo donde se encontraba el Ooni. Ya tarde en la noche, llegué un auto con la luz interior encendida donde se encontraba el Comandante leyendo.

Las primeras palabras del *Oba Okunade Sijuwade Olubuse* fueron: “traje la lluvia a la tierra cubana”. Él conocía la intensa sequía que nos azotaba. Durante la amena charla, el Ooni le planteó a Fidel su interés en el sentido de que Cuba fuese sede del próximo congreso de la tradición yoruba.

Después de las palabras de bienvenida, algo que realmente me impactó, Fidel preguntó cómo eran en los templos en Nigeria, sus características, la frecuencia de sus congresos, dónde se realizaban, etcétera.

Fue un encuentro inolvidable entre el máximo dignatario de la tierra de los orishas y el máximo representante de esta alargada isla de los misterios.

Sin lugar a dudas, la visita del Ooni de Ife a Cuba dejó una marcada huella entre los seguidores de las creencias de origen africano en nuestro país.

Un honor que conservo con verdadero orgullo fue el haber recibido de sus propias manos en Ile Ife, en junio de 1988, en una emotiva ceremonia tradicional, el título de *Chief Osi Olokun Ijio Of Ife*, distinción recibida por primera y única vez por un cubano. *Ibaé bayé tonú* para el Ooni *Alaiyeluwa Oba Okunade Sijuwade Olubuse II*.

*Ex embajador de Cuba en Nigeria.

Estimados lectores, la Comisión Aponte estará muy agradecida, si nos escribe y envía su opinión sobre el boletín al siguiente e-mail: aponte@uneac.co.cu

Comité editorial

Redacción: Heriberto Feraudy Espino, Raúl Roa Kouri, Silvio Castro Fernández. Corrección Alfredo Prieto.
Diseño y composición: Lidiurka Zulueta.

